

CAPITULO XIX.

Ataque al cuartel de los españoles.



ARINA no había engañado á Hernan Cortés. Desde las primeras horas de la noche los mexicanos acudieron á situarse en las casas de los alrededores del cuartel de los españoles, y tomaron todas las providencias necesarias para lanzarse sobre el asilo de sus enemigos en el momento en que apareciese la señal convenida.

Es indescriptible el entusiasmo que reinaba entre los habitantes de aquella nacion, que veia hollada su dignidad y encadenado á su soberano.

No hay como el sentimiento de la independencia de la patria para despertar el valor en el corazon de los hombres.

La patria y la religion son los dos grandes impulsos que agitan á la humanidad.

Los mexicanos veian su patria encadenada, hollada, vilipendiada.

Veian ademas á su religion escarnecida, porque una indicacion de los españoles habia bastado para que cesasen los sacrificios en los templos, y atribuián sus males al implacable enojo de sus ídolos, hambrientos de sangre humana.

Escenas conmovedoras habian tenido lugar en los dias anteriores, y sobre todo en aquel que debia preceder al del combate decisivo.

Los ancianos, con las lágrimas en los ojos, porque no podian prestar apoyo á sus hermanos, á sus hijos, porque no podian

defender á la patria, se alejaban avergonzados, haciendo votos por el triunfo de los suyos.

Las mujeres cogian á sus hijos en brazos, y al despedirse de sus esposos, en vez de derramar lágrimas, les alentaban al combate.

Se habian olvidado todas las jerarquías.

Ya no habia clases en México.

Todos eran guerreros.

Todos eran defensores de la patria.

Todos estaban dispuestos á derramar con el mismo ardor hasta la última gota de su sangre.

Y aquellos hombres pusilánimes, aquellos hombres que en una fiesta, al oír el estampido de los cañones de los españoles, habian huido despavoridos, ó habian caído desmayados, transformados por completo, ávidos de morir, si era preciso, aguardaban con impaciencia á que rompiese el alba y que apareciese aquella luz, signo del comienzo del combate, para lanzarse sobre aquel edificio y poder presentar sus pechos á las balas enemigas, penetrar en el cuartel por las ventanas ó por las trincheras que pudieran, llegar hasta donde estaban los españoles, luchar con ellos brazo á brazo, y convertir toda la ciudad, si era necesario en un monton de ruinas, en un lago de sangre.

Las huestes mexicanas, mandadas por el príncipe de Iztacpalapa, se habian dividido en esta forma:

Veinte mil combatientes habian rodeado el cuartel, formando ocho filas, con el objeto de que unas apoyasen á las otras.

El ataque debian darle á un mismo tiempo los españoles.

Veinte mil hombres estaban reservados para apoyar á sus compañeros, reemplazar las bajas y dar nuevo impulso al ataque.

Otros veinte mil aguardaban en la plaza de Tlatelulco á que los españoles, arrojados de su cuartel, fueran allí huyendo, para cortarles la retirada y acabar de destruirlos.

Nuevas fuerzas debian llegar en todo el dia, enviadas por los caciques y soberanos de las ciudades próximas.

Hasta el mismo Guatimotzin, el esposo de Guacalcinla, debía ponerse al frente de aquel formidable ejército, y acudir en auxilio de los mexicanos.

Marina cumplió su palabra.

Empezaba á aclarar el día, cuando asomó una luz en una de las ventanas del edificio.

Instantáneamente sonaron los clarines y los atabales que usaban como música guerrera los mexicanos.

Los españoles habian colocado los cañones de la mejor manera posible para contener y destruir á sus enemigos.

Al mismo tiempo, en cada ventana habia cuatro soldados, y en las azoteas más de cuatrocientos, formando una línea todo alrededor del pretil, para vomitar balas sobre los mexicanos.

Estos adelantaron en toda la circunferencia del edificio, y dispararon una nube de flechas, para que barriendo la muralla, pudiesen acercarse los que inmediatamente debian dar el ataque.

Fueron tan repetidas y tan cerradas las cargas que dieron en el asalto, que pusieron á los defensores en la mayor confusion.

Las flechas que disparaban constituian un número tan formidable, que quedó anegado el cuartel, teniendo que dedicarse á apartarlas para poder maniobrar.

Las armas de fuego y los cañones hacian horrible destrozo en los enemigos.

Pero llegaban tan resueltos á morir ó á vencer, que se adelantaban en tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, pasando por encima de los muertos y atropellando á los heridos.

El arrojo de algunos llegó hasta el punto de ponerse debajo de los cañones para intentar apoderarse de ellos.

Unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas.

Otros hacian escalas de sus mismas picas, para ganar las ventanas ó terrados.



Empezaba á aclarar el día, cuando asomó una luz en una de las ventanas del edificio.

Todos se arrojaban al combate como verdaderos héroes, y no desmayaban á pesar de las numerosas bajas que les ocasionaban sus enemigos.

A pesar de los grandes esfuerzos que hicieron los mexicanos para obtener el triunfo, fué la resistencia tan tenaz, que se vieron rechazados.

Moctezuma, enterado de lo que pasaba, hizo las mayores tentativas para salir de su aposento, presentarse á sus vasallos, contenerlos, y morir á sus manos si era preciso.

Hernan Cortés comprendió que aquella determinacion podia malograr sus planes, y se opuso tenazmente á los designios del emperador.

Tanto insistió éste, que no tuvo más remedio que ponerle centinelas de vista y obligarle á permanecer allí, so pena de sufrir un castigo ignominioso.

Moctezuma se resignó una vez más con su triste suerte.

Es imponderable la energía, el valor, el ardimiento que desplegaron los españoles.

Pero no fueron éstos solos los héroes.

Marina, asistiendo á todas partes, llevando las órdenes de Hernan Cortés, curando á los heridos, multiplicándose hasta lo infinito, dió pruebas del inmenso amor que profesaba al caudillo de los españoles.

Al anoecer se retiraron los mexicanos, más que por otra cosa, porque no acostumbraban á luchar en cuanto so ponía el sol.

Pero al ver lo mal parados que habian quedado en la pelea, al ver que habian perecido en la lucha más de cuatro mil hombres, que pasaban de diez mil los heridos, se reunieron en consejo los jefes de aquellos valerosos patricios, y convinieron en no perder un solo instante para continuar de nuevo la obra destructora.

Uno de los teopixques, profundamente irritado contra los extranjeros:

— ¡Es necesario incendiar el cuartel! exclamó, y que perezcan todos en las llamas.

La idea fué acogida con el mayor entusiasmo por los mexicanos.

Inmediatamente, á favor de la oscuridad de la noche, hacinaron cerca de las puertas del edificio troncos de árboles secos, y al mismo tiempo se procuraron flechas de fuego, colocándose de la mejor manera para arrojarlas á sitios donde pudieran producir la llama.

En esta operacion emplearon los encargados de llevarla á cabo más de dos horas.

Cuando los españoles iban á entregarse al descanso para continuar la pelea al día siguiente, porque estaban seguros de que los mexicanos volverian, se vieron sorprendidos de pronto por las llamas, que levantándose á la puerta del edificio, no tardaron en subir hasta del pretil de la azotea.

Aquel resplandor siniestro en medio de la noche, les alarmó de tal manera, que comprendiendo la inminencia del riesgo, en tanto que los españoles hacian fuego para evitar que se acercaran los indios, los tlaxcaltecas acudieron á apagar las llamas, sin lograr que dejasen de abrir las puertas, que hasta entónces habian permanecido cerradas.

Derribaron paredes para apagar el fuego con los escombros, y despues trabajaron para cerrar los boquetes ó astillarlos, á fin de impedir que por ellos entrasen los enemigos.

CAPÍTULO XX.

Nuevos combates.



Lo que habia sucedido no era nada en comparacion de lo que debia suceder.

Apénas amaneció al siguiente día, volvieron los enemigos, aunque no se acercaron á la muralla, sin duda porque no querian susrir las pérdidas que el día anterior habia tenido que lamentar.

Pero desde alguna distancia provocaban á los españoles, excitándoles á que salieran á campo raso, llenándoles de improperios y acusándoles de cobardes y traidores, porque permanecian encerrados sin atreverse á afrontar la indignacion de sus enemigos.

Hernan Cortés vió que se habian anticipado á sus deseos, porque resuelto á conocer á fondo la verdadera importancia de sus adversarios, habia dado orden á sus soldados para que se aprestasen á abandonar el cuartel y á luchar en las calles, en las plazas y en el campo, si era preciso.

Con aquella energía, con aquel entusiasmo que le caracterizaba, arengó á sus soldados, animó á los tlaxcaltecas, y comprendió con una viva satisfaccion, al oír sus expansiones, que todos deseaban poner término á aquella lucha, escarmentando á los mexicanos.

Inmediatamente dividió en tres grandes grupos su ejército. A los dos primeros les confió la mision de despejar las calles próximas al cuartel.

El tercero, á cuyo frente debia ponerse, y le formaba el grue-

so del ejército, debía avanzar por la calle de Tacuba, que era la que conducía á la plaza de Tlatelulco, ancha y espaciosa vía, en donde podía muy bien dar la batalla.

Dispuso las hileras, y distribuyó las armas según la necesidad que había de pelear por el frente y por los lados, acomodándose á lo que observó Diego de Orgaz en su retirada, y teniendo por digno ejemplo que imitar lo que poco antes mereció su alabanza, en que lo mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se desdennan de seguir las huellas de los que les precedieron, cuando hay tan poca distancia entre el error y el diferenciarse de los que acertaron.

Antes de abandonar el cuartel, dejó en él suficiente número de tlaxcaltecas y de soldados españoles, para que le defendieran y para que vigilasen al emperador.

Marina le buscó antes de que se pusiera al frente de sus tropas.

— Quiero ir contigo, le dijo.

— De ningún modo.

— ¿No quieres que comparta contigo el peligro? repitió la sôven.

— Necesito tu presencia aquí.

— ¡Oh! No; yo quiero ir donde tú vayas, morir si tú mueres.

— No temas; el triunfo será nuestro, y es necesario que tú me reemplaces aquí, para que no desmayen mis soldados, si aprovechándose los enemigos de mi ausencia, intentasen un nuevo ataque.

Esto bastó para que Marina obedeciera.

Pero encargó á Ilbialbi que no se apartara un solo instante de Hernan Cortés, y le defendiera con su cuerpo si era preciso.

— Yo te juro, contestó el indio, sacrificarle mi vida si fuera necesario.

Las tropas de Hernan Cortés abandonaron, con gran asom-

bro de los mexicanos, que les observaban de léjos, el cuartel, y no tardó en comenzar el combate.

Es imposible describir los episodios de aquella lucha con más verdad, con más vigor, con más colorido que lo hace en su admirable historia don Antonio de Solís.

Los españoles se lanzaron todos á un tiempo sobre los mexicanos.

Esperáronles los enemigos, y recibieron las primeras cargas sin perder terreno, llegando su heroicidad hasta el punto de confundirse con sus adversarios.

Las cerradas descargas que disparaban los españoles, no les intimidaban, y ellos á su vez les arrojaban una lluvia de flechas.

Los españoles consiguieron por fin, después de una desesperada lucha, desembarazar las calles.

Huyeron despavoridos los mexicanos á lo ancho de una plaza, cargaron sobre ellos tres escuadrones, y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas, dando á la fuga el mismo impetu que demostraron en la batalla.

Hernan Cortés, deseando no derramar más sangre, ordenó no se persiguiese á los fugitivos.

Recogió su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear.

Las bajas que experimentaron los españoles fueron diez ó doce muertos, y unos sesenta entre heridos y contusos.

Los mexicanos sufrieron horribles pérdidas, y presentaban un aspecto imponente las calles, cuyas acequias estaban teñidas con la sangre de tantas víctimas.

Todos hicieron alardes de valor, y los tlaxcaltecas rivalizaron con los españoles.

Hernan Cortés dirigió á su ejército como valeroso capitán, acudiendo á todas partes, y demostrando que unía á su gran valor su pericia militar.

Hernan Cortés ordenó la retirada para dar descanso á sus tropas y asistir á los heridos.

Esta se hizo con el mayor orden.

Los españoles sentían abandonar á los enemigos despues de haber llevado lá mejor parte de la pelea.

Es indecible el valor que inspiraba Hernan Cortés á sus soldados.

Marina salió al encuentro de ellos.

Afortunadamente los mexicanos no habían intentado asaltar el cuartel.

A pesar del triunfo, temerosos de una celada, velaron los españoles para no verse sorprendidos.

Tres dias trascurrieron sin que le hostilizaran los mexicanos, y por lo tanto, solo se cuidó en este tiempo de defender el cuartel y de estar prevenido para evitar cualquiera sorpresa.

CAPITULO XXI.

Donde vuelve á aparecer Cacumatzin.



OR qué razon habían cesado en sus hostilidades los mexicanos.

No debe atribuirse á desaliento ni á desesperacion su actitud pasiva.

Habían perdido en los dos dias de combate, entre muertos y heridos, más de quince mil hombres.

Pero habían llegado de refuerzo de veinticinco á treinta mil.

Las desventajas que habían experimentado en la lucha se debían principalmente á su falta de disciplina y á su poco conocimiento del verdadero arte de la guerra.

Divididos en grandes destacamentos, á las órdenes de uno ó dos jefes, se presentaban en masa al enemigo, y aun en los momentos en que disparaban sus flechas desde las azoteas, aparecían todos á un mismo tiempo presentando blanco á los arcabuces de los españoles y á las flechas de los tlaxcaltecas, no menos certeras que las de los mexicanos.

No pudieron menos de reconocer la inmensa superioridad que sobre ellos tenían los españoles.

Pero resueltos como estaban á morir, deseaban á toda costa un jefe que pudiera dirigirlos.

De todos modos, era imposible continuar la lucha sin apartar los cadáveres de las calles y curar á los heridos, que pedían á toda costa auxilio para poder volver á combatir.

Dedicáronse, pues, á estas humanitarias operaciones, y es-